

cio. A él pudieran aplicarse los tercetos finales de su «Salutación al Buho», cuando dice:

«Del ultramundo intuyes las ustorias historias.  
Te mofas de las rosas, el sol, la tempranera  
alondra. Vanas, vanas morganas ilusorias.  
Y persignado con la señal de la hoz,  
palpas la rama intactil; oyes la voz sin voz.  
Y el secreto sorprendes de la tiniebla huera».

JUAN MARÍN.—New Delhi, noviembre, 1950.



«LOS HOMBRES DEL HOMBRE», de Eduardo Barrios

Después de haber dado vuelta la última página del libro, nos queda la impresión sana, limpia, tranquila, de haber leído una obra maestra. Así, sin términos medios. Puede ser que la frase aparezca rotunda, vertical. Pero, antes que nada, es la verdad personal. Eduardo Barrios ha conseguido, con «Los hombres del hombre», escalar un peldaño más en el camino siempre ascendente de su trayectoria en la literatura nacional, que empezó con aquella pequeña pero conmovedora novela sentimental que se titula «El niño que enloqueció de amor».

Después del clamoroso triunfo de crítica y librería obtenido con «Gran señor y rajadiablos», en la que nos describe algunos pintorescos aspectos de la vida rural en las cercanías de la provincia de Santiago, Eduardo Barrios se supera notablemente, volviendo al depurado y trémulo estilo de aquella otra gran novela que permanece como una joya de la literatura chilena: «El hermano asno».

En «Los hombres del hombre», Barrios profundiza en el alma del hombre, bucea en los abismos del ser, rompe las costras superficiales, como un minero taladrando la roca, para extraer los contradictorios sentimientos que se cobijan en el oscuro desván del espíritu, donde vive una multitud que pugna por manifestarse o que permanece oculta durante largo tiempo para estallar de pronto como un relámpago en la noche. Barrios es, ante que nada, un psicólogo. Su pluma es como un bisturí implacable que va rasgando las vestiduras y la carne para mostrar el alma de los hombres al desnudo. El protagonista de «Los hombres del hombre» es un tipo de intelectual silencioso, que escribe analizándose a sí mismo y a los seres que lo rodean. Siente bullir dentro de sí una atormentada multitud que lo hace contradictorio y lo obliga a actuar según las circunstancias y la fuerza anímica que lo anima y sostiene.

Los personajes, en realidad, son pocos. La multitud existe dentro del alma de Fernando, el sentimental. Beatriz, su mujer, se desliza a través de las páginas como una vaporosa silueta que se humaniza únicamente en ciertos contactos carnales con el esposo o en la pura demostración de cariño hacia su hijo. «Cabe-cita», el pequeño, es una de las figuras mejor logradas y más plenas de vida y de emoción de esta obra que ha logrado tan merecidos triunfos hasta ahora. Chela Garín, la amiga charladora incorregible, prototipo de la mujer que se siente «intelectual» y que está poseída por la idea de «realizarse» y «realizar» a los demás, es un acierto de observación de un apreciable sector del alma femenina.

El tema, en síntesis, es la tortura de un hombre que se siente amenazado en su paternidad. Veamos

cómo el autor, en breves palabras, resume el conflicto íntimo del padre (página 35): «Se te pone de repente que Charlie no es tu hijo. ¿Por qué? Porque un amigo inglés, su padrino, muere sin herederos forzosos y le deja una millonada». Nada más. Alrededor de esa duda, terrible, dolorosa, quemante, se desarrolla la novela con una maestría difícil de superar. El padre, Fernando, Mauricio o Juan, porque tiene varios nombres y cada uno representa una faceta de su atormentada y contradictoria personalidad, vive en una continua y eterna lucha contra sí mismo, analizando los gestos, las palabras y las reacciones de su hijo, tratando de levantar el velo que disipará sus dudas. «El análisis mata la espontaneidad», afirmó Amiel. Y el protagonista de esta obra, torturado con su secreto que lo ahoga, busca una válvula de escape en la diaria anotación de la vida que lo circunda y de sus íntimos pensamientos, hasta que, finalmente, el «Diario» cae en manos de su mujer, como una desesperada llama que los destruye.

Por último, en Francisco, uno de la multitud, quien encuentra la clave de ese sencillo e inefable don que los hombres buscan con tanto ahinco y que es tan difícil de encontrar: la serenidad. «Bendito Francisco. Sí, a mí una sola ilusión puede sostenerme ya: mi «Cabecita Despeinada», suave y tibio refugio de mi ternura». Esas son las palabras finales de este libro, en las que Eduardo Barrios ha encerrado toda la sabiduría que ha ido recogiendo a través de su tránsito por la dura costra de la tierra.—GONZALO DRAGO.